

La Novela Cinematografica

R
O
S
I
T
A



por
M
A
R
Y
P
I
C
K
F
O
R
D

Segunda Epoca
Extraordinario
Número 2 :

15 cénts.

ROSITA

Finco el

Finco el
Finco el
Finco el

La Novela Cinematográfica

... TORRES, 25 (G) — BARCELONA ...
Segunda Época — Extraordinario Número 2

ROSITA

Última superproducción de

MARY PICKFORD

Exclusiva de

UNITED ARTISTS

ROSITA

MARY PICKFORD

UNITED ARTISTS

I

En tiempos remotos gobernaba este país un rey, el nombre no precisa para el objeto de esta historia, muy amante de las galanas diversiones. Su poder era mucho, pero todas las funciones de la realeza las ejercía su primer ministro, para evitarse de este modo molestias y sinaborea. Todo el tiempo lo empleaba en divertirse y su principal recreo eran las conquistas de amores fáciles.

Los magnates que manejaban los asuntos del reino procuraban alejar al rey de las funciones de gobierno y sobre todo lo apartaban del pueblo para evitar que llegara a conocer sus abusos excesos.

La debilidad principal del rey eran las mujeres que jugaban con él a su antojo.

La reina era una mujer prudente y virtuosa, que procuraba simular que no conocía los planes de su esposo.

.. .. .

Estaba nuestro rey rodeado de sus frívolas amigas, trazando planes de próximas y locas diversiones cuando entró el jefe del gobierno a despachar. El rey se despidió amigablemente de sus amiguitas. El primer ministro abrió una cartera y sacando un pliego le dijo:

—Señor, aquí tenía las sentencias de muerte.

El Rey sin inmutarse firmó sin recordar que su firma acababa con la vida de aquellos desgraciados. Era católico y olvidó que sólo Dios puede disponer de la vida de los hombres.

Una vez despachado se fué el ministro continuando el rey bromeando con sus amigas.

En aquellos momentos la reina recibió la visita del cardenal arzobispo de Toledo, que dirigiéndose a Su Magestad le decía:

—Señora, vengo a implorar vuestra ayuda para que induyáis que el rey vaya a Toledo en los días de Carnaval para refrenar el libertinaje.

—Haré lo posible y para que veáis que me anima el mejor deseo hablaremos ahora mismo con el rey.

Fueron al jardín sorprendiendo al Soberano coqueteando con unas «señoritas» de moralidad muy dudosa. Al verse sorprendido se levantó rápidamente del balcón en que estaba sentado y una de sus amigas se arrojó al suelo violentamente.

—Os agradecería le dijo la reina—que prestárais atención al ruego de mi Eminencia.

El cardenal le explicó su propósito y el rey, después de escucharle con atención, replicó:

—Yo iré a Toledo y procuraré evitar todo abuso. En la forma de hablar del rey, adivinó su augu-



Rosita con sus cantos sedució a las multitudes

ta esposa un anhelo secreto de nuevas diversiones, y con burla le contestó:

—Quiera Dios que así sea y gracias a vos quede derrotado el diablo.

En Toledo se celebraban con gran alegría las fiestas de Carnaval. La gente transitaba por las principales calles buscando la manera de divertirse con estruendo.

En la plaza Mayor la gente se apiñaba para oír a la cantante callejera.

Los que transitaban por la calle de la Ribera se dirigieron a la Plaza al oír gritar a los muchachos.

—¡Rosita!... ¡Rosita!

Ese nombre atraía a los toledanos. Rosita era una joven de 18 años, de rostro bellísimo, hechicero. Sus cabellos eran rubios como el oro y sus ojos negros atraían como el abismo. Se dedicaba a tocar la guitarra y a pedir para poder mantener a su familia.

La pobre chica al verse rodeada por la multitud, que esperaba con avidez sus canciones, empezó a tocar la guitarra y a cantar una copla.

Al acabar las oyentes premiaron con una ovación unánime y cerrada las melodías de su voz. Cuando se disponía a recoger el fruto de sus cantos se oyó un gran estrépito.

La gente quiso saber lo que pasaba y al enterarse que llegaba el rey, corrieron todos en pos de la carroza real, dejando sola a la pobre Rosita, que al ver que aquel día no podía llevar a los suyos el pan necesario maldijo con toda la fuerza de su alma al monarca.

Regresó Rosita a su casa. Sus padres al enterarse de que no tenía dinero casi la maltrataron.

Para agravar las circunstancias a los pocos minutos se presentó un empleado municipal que preten-

día cobrar la contribución, con muy malos modales.

El padre de Rosita pretendió pegar al cobrador, pero la moza se interpuso y dirigiéndose al empleado municipal le dijo:

—Decid al rey que yo le pagaré con una canción.

Seguramente le dió un empujón, echándole a la calle.

Rosita cogió la guitarra e improvisó una copla contra el rey, irónica y mordaz.

La madre al oírla le recomendó que no la cantara en la calle, pues se exponía a tener un serio disgusto:

—Mira, hija, si cantas esto vas a la cárcel.

—¡Mayor, madre, allí por lo menos comeré.

Y cantó de nuevo la copla.

Sus hermanos repitieron la estrofa...

II

El rey acompañado de su primer ministro entraron triunfalmente en la antigua corte de los reyes castellanos.

Al llegar al palacio, entró el monarca en su habitación para pintarse y arreglarse como una cortesana coqueta. Su secretario le comunicó:

—Señor una vulgar cantante callejera se ha atrevido a zaherir vuestra dignidad con una canción.

—¿Es guapa?

—Dicen que es una beldad.

—Quiero verla.

Enterado de que cantaba en la Plaza de la Cruz

dijo a su primer ministro que le acompañara. Los dos personajes, convenientemente disfrazados, se dirigieron al escenario en que hacía Rosita sus raras habilidades.

Cuando llegaron la cantante callejera hacía las delicias del respetable con sus mordaces sátiras.

Se abrió paso el rey y llegó junto a la joven.

El público hacía coro cantando la canción que ponía en ridículo al soberano.

Rosita notó que los dos enmascarados solo oían y dirigiéndose al rey, le dio un bofetón, casi una caricia, en la mejilla derecha y sonriente le dijo:

—¿Por qué no cantas?

El soberano atraído por la gracia gentil de Rosita cantó también la copla contra el rey...

Seis cuadrilleros de la Santa Hermandad, abriéndose paso violentamente, llegaron hasta la joven y la detuvieron:

Os arresto por desacato a la persona de Su Majestad el rey, le dijo el capitán.

Quiso la joven protestar, pero todo fué en vano. Violentemente la arrastraron, llevándosela detenida.

Al volver una esquina un noble tropezó con los cuadrilleros, y al ver en la forma que conducían a Rosita, rogó al capitán que la trataran con más amabilidad.

Contó el capitán al noble todo lo sucedido y éste insistió de nuevo que la trataran con más miramiento.

El capitán ante la insistencia del desconocido le contestó malamente y el noble le replicó:

—Es indigno lo que hacéis con esta pobre y encantadora criatura. Si ha cometido una ligereza no hay para tanto. Yo salgo a favor.

Contestó al capitán una grosería que no toleró el noble.

Se cruzaron las espadas y momentos después el cuerpo del capitán se desplomaba. Los cuadrilleros al ver moribundo a su capitán, apuntándole al pecho, le gritaron:

—¡Dáos preso!

Comprendiendo que era inútil la resistencia cesó, entregando su espada a uno de ellos.

Rosita agradeció con una mirada de ternura la actitud del desconocido.

Los cuadrilleros condujeron a los detenidos al Palacio de Tristamará, conocido hoy con el nombre de Corral de don Diego.

En la época en que se desarrollaron los hechos que relatamos, aquel Palacio era la residencia oficial del Tribunal Civil de la Santa Inquisición, ante el cual fueron condenados los detenidos.

Al verse ante los jueces, Rosita se dirigió a ellos diciéndoles:

Señores, él no es culpable. Yo tengo la culpa de todo!

Registren a los detenidos—ordenó el juez.

Entre los documentos que encontraron en los bolsillos había uno, suscrito por el rey, que decía:

Por la presente concedo a don Diego de Alcalá, conde de Vallesito, todas las franquicias y preeminencias de su alta condición.

YO EL REY

El que actuaba de presidente quedó vivamente sorprendido al leer el documento real, y dirigiéndose al conde, le preguntó:

—¿Pero es posible que vos os hayáis batido por una mujer como ésta? ¡La conocíais?

—Solo de vista, pero la he defendido porque es una buena muchacha y el capitán la trataba con excesiva dureza.

—¿Y a vos qué os importaba?

—Soy noble y soy un caballero y había de defender a una desgraciada mujer.

Pero faltó al Rey.

—No lo puedo asegurar. No estaba presente.

—Pero en plena Plaza escarrocé al Soberano.

—Respeto al Rey como el que más, pero yo al castigar al capitán solo vi en él un mal caballero.

—Pero el Rey es sagrado.

—Seguramente que Su Majestad si conoce el caso, lo perdonaría.

—¿Vos matasteis al capitán?

—¿Sí, señor?

—¿Por qué?

—Ya os lo he referido.

Podéis sentaros.

Rosita estaba a su lado y con voz acariciadora, velada por la emoción, le dijo al oído:

—Os agradezco, don Diego, vuestra amabilidad. Sólo lamentaría que por mi culpa os sobreviniera algún daño.

—No os preocupéis mañana estaré en libertad.

—¿Díes lo quieres?

Los dos callaron para entregarse a sus pensamientos.

Un cuadrillero les sacó de su ensimismamiento.

—¡Al calabozo!

—¡Vámoel!

—¿Al mismo calabozo?—preguntó la joven.

—Ya veréis conde os conduzo—replicó el cuadrillero.

Los dos presos fueron conducidos a calabozos distintos del castillo de San Servando.

Los dos calabozos estaban situados en dos cuerpos de edificios que estaban frente a frente. Desde las ventanas se veían y sin decirse nada se comunicaron sus íntimos sentimientos.

Un centinela se dio cuenta de que los reclusos estaban asomados a la ventana y les ordenó que se bajaran inmediatamente. Se despidieron mandándose un beso con la mano.

El carcelero entró en el calabozo de don Diego.

—¿Vos sois el que habéis matado al capitán?

—Ha sido en desafío.

—Bien, bien. Mirad el fin que os espera.

Y le enseñó el patio, en el que había colgado a una horca un pobre ajusticiado.

—Un noble no puede ser ahorcado.

—Los nobles mueren como quiere el rey.

—Su Majestad será piadoso.

Don Diego pensando que podía recibir muerte tan afrentosa sintió escalofríos.

El carcelero se despidió gustándole bromas de mala índole, dirigiéndose al calabozo de Rosita, a la que encontró desconsolada.

—Señorita—le dijo—. Su Majestad ordena que me sigáis.

—¿A dónde?

—Ya lo veréis.

—¿Y don Diego?

—Quizá mañana será ahorcado.

—¡Dices eso! Soy yo la culpable... Dejad que muera yo por él...

Y lloró amargamente.

La joven, en su desespero recordó, las palabras del Conde cuando estará en libertad y se tranquilizó.

—Señorita—insistió amablemente el carcelero—¿me seguís?

—Vamos.

Una criada del palacio les esperaba a la puerta.

III

El calabozo de don Diego está en una semi obscuridad. Es de noche y la iluminación es pobre. Rompe la monótona tristeza del calabozo la irrupción del carcelero y de unos señores que le acompañaban.

—Buenas noches.

—Buenas—dijo secamente el conde.

Uno de los visitantes era el notario y dirigiéndose a don Diego, le dijo:

—¿Queréis hacer testamento?

Aun no sé la sentencia y ya...

—No esperanzas. Habéis matado a un hombre y... ya está decidida vuestra suerte.

—¿Me han condenado a muerte?

—Eso es.

—¿Y cómo he de morir?

—¿Qué más dá! Dentro de poco haréis compañía al otro, en la horca de al lado.

Soy noble y no puedo morir así.

A vos sólo os toca obedecer.

—Pues bien voy a dictar mi última voluntad.

Y el conde escribió al Rey pidiéndole que por consideración a su noble canga le dejara morir suilado.

Luego dirigiéndose al capellán le rogó que hiciera llegar la carta a manos del Rey.

El cura, el notario y el carcelero salieron del calabozo.

Al saber su desgraciada suerte el conde, solo pensó en Rosita. ¿La habrán condenado también? ¿Podrá verla antes de morir? Esta era su única preocupación.

Mientras el conde estaba sumido en tan tristes pensamientos, Rosita entraba en el regio alcázar, acompañada del caballero que la sacó del calabozo.

Los que vieron que entraba la joven tan mal vestida y desgarrada acompañada de un caballero tan elegante y presumido quedaron asombrados. Realmente el contraste era para para sorprender a cualquiera.

Rosita al contemplar la riqueza de aquel palacio quedó embobada.

Su acompañante le hizo pasar a un gran salón, diciéndole ceremoniosamente:

—Sentáos y esperad.

Al quedar sola la joven se preguntaba extrañada:

—¿Para qué me habrán traído aquí?

Poco tardó en presentarse el rey, que al verla tan hermosa, no pudo contener una exclamación:

—¡Qué criatura más hermosa!

—¡Señor!...

Pretendió cogerla para poder estampar un beso en sus mejillas, pero Rosita era muy ligera y pudo escaparse.

—¿Ignoras que soy tu Rey?

—¿Quién, vos?

—Sí, yo.

—Ja, ja... ni su ayuda de cámara.

—¡Pues fíjate!

Y le enseñó un retrato al óleo que había en el centro del salón. Miró el retrato y asombrada, no pudo menos que decir:

—Señor, perdonadme.

—Ya perdono, porque eres encantadora.

—¡Majestad!

—Si ya me conocías.

—¡Yo?

—Recuerda bien. ¿Sabes aquella máscara a quien diste ayer una bofetadita.

—Sí.

—Era yo.

—¡Perdonadme!

—Te perdonaré con una condición. Que me pagues con un beso.

—¡Señor, si eso fué una caricia!

—Pues dame un beso flojito y en paz.

Pretendió el Rey besarla, pero ella logró huirle

de nuevo, y para evitar que se disgustara, melosamente, con voz acariciadora añadió:

—Majestad, disculpadme! Voy muy mal vestida.

—Por esto no te preocupes.

El Rey salió del salón y desde la puerta le hizo un mohín cariñoso.

Al poco rato volvió el Rey, acompañado de aquel hoble que había ido a buscarla a la cárcel, que le invitó a que le siguiera, y ella como es natural no opuso ningún reparo.

Retraron en otro salón, después él saltó diciéndole.

—Señorita, esperad.

—¿Qué ha de esperar?

—Ya os lo dirán.

Aun no habían transcurrido tres minutos cuando entraron en la habitación dos doncellas que hicieron una profunda reverencia ante la joven.

—¿Qué queréis?

—Obedeceros, señorita.

La más audaz, añadió:

—Si fuérais tan amable...

—¿Qué queréis?

—Os rogaría que me siguierais al cuarto tocador para que seguidamente pusiérais cambiarnos los vestidos.

Ella les siguió gustosísima.

Las doncellas le despojaron de sus miserables andrajos y le pusieron un rico y elegante traje de la reina.

Rosita al contemplarse en el espejo quedó anonadada.

Inmediatamente pensó:

—¡Si me viera don Diego!

Cuando acabaron de vestirla, le comunicaron los deseos del Rey, de que pasara a sus salones.

Ya podemos ir—contestó ella.

Los zapatos le molestaban y para evitar un tropezón dio el brazo a las doncellas que la condujeron al salón en que por primera vez había visto al rey.

IV

La reina que sabía los devaneos de su augusto esposo se trasladó a Toledo dispuesta a averiguar cómo y en qué pasaba las horas el rey. Al atravesar un corredor vio a Rosita. Supuso en seguida de lo que se trataba.

—¿Quién es?—preguntó.

—Una cantante callejera, que acabamos de vestir...

—¿Con trajes de mi supero?

—Así lo ha ordenado el rey.

—Lo comprendo...

Al enterarse el Rey de que Rosita estaba en el salón, fué a admirarla de nuevo.

—Estás hermosísima, adorable.

—¿Os gusta?

—Con delirio.

—¿Seramente?

—Ya lo creo. Pero te falta un adorno.

—¿Cuál?

—Un collar de perlas que te regalaré enseguida.

—¡De perlas! ¡Qué felicidad!

—Espere un rato.

Y el rey salió para ir a buscar el collar.

La reina que esperaba la oportunidad de poder ver a la joven entró en el salón.

—¡Hermosa!—pensó la soberana al verla.

Rosita dándose importancia le preguntó:

—¿Qué queréis?

—¡Estáis muy linda! Mis vestidos os favorecen mucho. ¿Quién os ha traído?

—No sé. He venido en carroza.

—¡Ah!...

—Y ahora el rey que me quiere mucho me regalará un collar de perlas.

—¿Y vos no le amáis?

—No. Yo sólo amo a don Diego de Alcalá, que está en la cárcel por haberme defendido.

—¿En la cárcel?

—Sí, mató al capitán de los cuadrilleros, porque me insultó y me detuvo.

—¿Qué habéis hecho?

—Cantar una copla contra el Rey.

La reina oyó los pasos de su marido y rogó a la cantante callejera que entrara en otra habitación, quedándose ella en el salón.

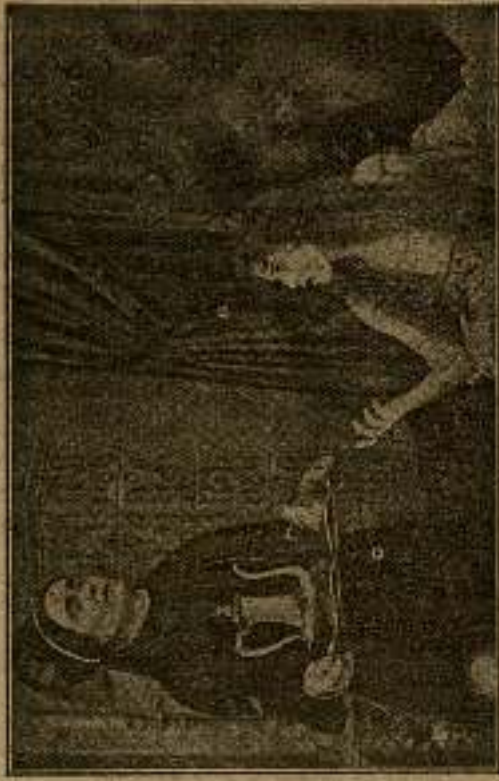
El Rey que ignoraba la llegada de su esposa quedó asombrado. En la mano traía un collar de perlas.

—Ya sabías que había llegado y querías obsequiarme con un collar? Os agradezco la galantería.

—Eso es. Os lo quiero poner con mis propias manos.

—Gracias.

...Vais como era possible



Uma donzella e o menino se beijam.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Hace poco.

Al marchar la reina para sus habitaciones, el rey buscó a Rosita.

—Adorable niña—le dijo—, he ordenado que arreglen mi palacio de verano para que te traslades a él con tu familia. Ahora ya te puedes retirar dando la nueva a tu familia.

—¿Vestida de este modo?

—Como corresponde a tu nueva categoría.

—Mis padres, cuando me vean, se creerán que me he disfrazado.

—Nada malo pensarán cuando vean que te ayuda un Rey.

Al despedirse el rey quiso besarla, pero todo fué inútil. Rosita sin embargo y riéndose le rechazó, pensando en el hombre que había perdido su libertad para defenderla.

Rosita debidamente acompañada salió del palacio.

Cuando sus padres la vieron entrar quedaron altamente sorprendidos.

—¿Qué significa esto? ¿Quién le ha vestido tan ricamente?

—El Rey.

Todos fueron la ocurrencia, convencidos de que era una broma más de la saludísima joven.

Rosita se sentó y contó a sus padres la aventura. Su madre, exclamó:

—¿Qué suerte, hija mía! Eso quiere decir que el rey se ha enamorado de ti!

—¿Queréis decir, madre?

—Naturalmente, replicó el padre.

—Pues no es de mi agrado.

La familia se puso a comer celebrando la sueta de Rosita. Aun no habían dado fin a un saculento plato de patatas hervidas, sin uliso alguno cuando llamaron.

—¿Quién va?

(De parte del Rey.

—¡Entrad!

Un caballero entró ceremoniosamente y dirigiéndose a la joven, le preguntó:

—¿Sois por casualidad la señorita Rosita?

—Para servirlos.

—El Rey me ha ordenado que viniera a prestaros mis servicios. De su parte os traigo un regalito, para demostraros en la estima en que os tiene.

La madre se adelantó.

—¡Dadme!

—Tomad.

—Además, Su Majestad me ha rogado que os manifestara su deseo de que cuanto antes os trasladéis a su palacio de verano, donde él os honrará en breve con su visita.

—Pues decidle que no quiero moverme de aquí y que yo no necesito para nada sus regalos.

—Mala hija. Siempre serás la causa de nuestra perdición, dijo el padre amenazando a Rosita.

La madre, un poco más diplomática, resolvió el conflicto diciendo al gentil hombre:

Tened la seguridad de que mi hija no hará tan señalado agravio a Su Majestad. Quiero a sus pa-

dres y no querrá verlos expuestos a graves conflictos por obrar ligeramente.

La joven un poco más calmada, y pensando en los suyos y en lo mucho que podía hacer por don Diego si corría algún peligro aceptó.

Toda la familia subió a la carroza y se trasladaron al palacio del rey.

Ya estaba a punto de partir cuando se dio cuenta de que se habían dejado el perro y no quiso partir sin el fiel Kaid.

Sus hermanitos entusiasmados prorampieron en estentóreas gritos de:

—¡Viva el Rey!

La felicidad sonreía a la familia de la joven cantante callejera, en cambio, en la cárcel, se consumía de incertidumbre el conde de Valdellano. Una idea se aferraba en su cerebro y no le permitía ni un momento de reposo. No pensaba en su vida, ni casi en el género de muerte que le esperaba. Su única preocupación era, sencillamente, el porvenir que esperaba a Rosita. ¿Será también condenada a muerte? ¿La habrán atormentado? Si con su vida hubiera podido conseguir la libertad de su amada guastafina la hubiera dado. No sospechaba don Diego que en aquellos momentos era la protegida de un rey poderoso, que era capaz de cualquier tontería para lograr un beso de sus labios de grana.

Cuando al amanecer entró en el calabozo el carcelero lo primero que le preguntó fué qué le había pasado a la joven cantante.

— Supongo que se hará compañía,

— ¿Ha sido también condenada a muerte?

— Creo que sí.

— ¿La podré ver antes de morir?

— De ninguna manera.

— ¿Querría hacerme un favor señaladísimo y que es será largamente recompensado?

— Decid.

— Entráis en su calabozo y de mi parte le decís que estoy loco por ella, que muera amándola con loco frenesí. Que jamás pueda imaginarme que se amara de este modo...

— No sigáis. La joven está en un calabozo que nadie, absolutamente nadie puede entrar. El Rey ha ordenado al alcaide que por ningún pretexto entre en su calabozo nadie. Sólo puede entrar un ayuda de cámara de Su Majestad.

Don Diego al oír la severidad con que el rey trataba a su amada, maldijo a su soberano.

V

La familia de Rosita estaba a sus anchas. En aquel palacio rodeado de lujo y de toda suerte de comodidades, gozaban las delicias de la protección real. En el fondo adivinaban algo que molestaba su conciencia honrada, pero ante el egoísmo sacrificaban los reparos de dignidad.

La madre especialmente se acostumbró tan rápidamente a la buena vida y al acatamiento de la servidumbre que siempre se mostraba descontenta.

El rey se enteró de los amores entre la joven y

don Diego, y aunque no quiso concederles gran importancia, quiso averiguar de todos modos si podía ser un peligro el que siguiera viviendo don Diego.

Preguntó a su primer Ministro:

—¿Crees que ella ama a don Diego?

—Ago debo amarle,

—¿Y él?

—El Conde está locamente enamorado. Si realmente Vuestra Majestad está enamorado de Rosita creo que puede ser un peligro el que siga viviendo.

—Comprendo.

—El conde en el secreto que ha elevado sólo me pide, como gracia especial, que sea fusilado.

—Concedido, que le fusilen.

—¿Por qué no le imponéis una condición?

—¿Cuál?

—¿No os parece que si vuestros amores con Rosita trascienden es más elegante hubiese enamorado de una condesa que no honrar con vuestro amor a una cantante callejera?

—Adivino vuestro plan. ¿Pero querrá casarse el conde?

—Si se le impone esta condición para no ser ahorcado.

—Pero si ella se entera...

—Nada ha de saber. Se le ordena que se case con los ojos vendados.

Los planes del primer Ministro se idearon tal como él había ideado.

En el momento de celebrarse la ceremonia el conde puso algún repato. Dirigiéndose al cura, le rogó:

—¿Cómo queréis que diga que sí, si no conozco a la que va a ser mi esposa? Además, yo amo locamente a una pobre cantante.

—Así lo ordena el Rey.

Rosita conoció la voz de su amado y tuvo una gran satisfacción.

Cuando el cura preguntó a don Diego si quería por esposa a la señorita X..., con la que os vais a casar, el conde preguntó al nombre de su futura esposa, pero el capellán no le contestó.

La joven, antes de que le hicieran la pregunta a ella, contestó:

—Sí, padre.

Don Diego reconoció la voz y rápidamente dijo:

—Sí, padre, la quiero por esposa.

Los condeyentes se extrañaron del cambio repentino del conde.

Celebrado el acto, antes de separarse, Rosita se acercó al primer Ministro y con una amabilidad prometedora de futura protección, le rogó:

—Por favor, dejádmelo ver una sola vez.

El Ministro accedió.

Los dos novios se abrazaron y se juraron amor eterno.

Rosita con gran serenidad le prometió que le salvaría.

—¿Pero, cómo?

—No tardarás en saberlo.

Cuando el jefe de Gobierno llegó al palacio el rey estaba con su mujer. El soberano pretextando negocios de estado urgentes se separó de su esposa para saber cómo había acabado el asunto.

La reina, que conocía a fondo las debilidades de su marido, pretextó dar crédito a sus palabras, pero oculta detrás de un gran cortinaje, quiso cerciorarse de si eran ciertos sus temores, oyendo el siguiente diálogo:

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien, Señor.

—¿Se han reconocido?

—Sí, por la voz. Rosita me pidió, como un gran favor, que le dejara ver a su esposo y accedí.

—No tiene importancia. Cuando mañana muera el Conde, le empezará a olvidar y se me entregará sin reservas. ¿No lo crees así?

—Naturalmente.

—Todas son igual.

—Ella es quizá un poco más difícil... Está aquí. Me ha pedido que es dijera que desea veros.

—Voy a verla.

Se levantó el monarca y fué al salón donde le esperaba la gentil Rosita.

Cuando la vió el rey luciendo la mantilla y el traje con que se había desposado, no pudo reprimir una admiración.

—¡Soberbia condesa!

—¡Señor!

—Siéntate a mi lado y pídeime lo que quieras.

—¿Me lo concederéis?

—Si es posible concedido.

—El conde ha sido condenado a muerte por haberme defendido.

—Ha sido condenado por haber dado muerte, en rifa vulgar, a un capitán de cuadrilleroa.

—Don Diego mató, pero en buena lid. En desafío provocado por la grosería del capitán.

—No vais por buen camino.

—De todas modos, aunque el delito del conde fuera grave, solo Dios puede disponer de la vida de un hombre.

—Lo que me pides es un imposible.

—Pero no para Vos.

El rey pretendió abrazarla, pero Rosita le rechazó indignada.

—No seas tonta. Recuerda su crimen. Además, ahora te figuras que has de salvarle, pero una vez haya pagado su delito pronto le olvidarás.

—Si él muere, yo moriré también.

—¡Qué romanticismo!

—Digo lo que siento, Señor.

De nuevo pretendió el soberano acariciar a la indómita muchachita, pero una vez más fué rechazada su pretensión.

—No te pongas así, mujer—le dijo el Rey.

—Si no le perdonáis la vida quiero morir.

Viendo el monarca que la joven no cedía cambió de táctica.

—Bueno. No concederé lo que me pides.

—¿Me concedéis su perdón?

—Su perdón no, pero te concedo su vida.

—¡Gracias! Señor!

El rey la cogió entre sus brazos y suavemente la atrajo a un sillón. El se sentó y sonriendo, le dijo:

—Voy a escribir la orden. Mira.

Cogió un pergamino y escribió:

«Ordeno y mando que al cumplir la sentencia que

se ha impuesto al conde de Vallecito se carguen con pólvora los fusiles de los soldados»

YO, EL REY.

—¡Gracias, Señor! Pero si don Diego no conoce vuestra orden, morirá del susto. ¿Podría yo avisarla?

—¡No me pedirá nada más?

—¡Oa lo juro!

Concedido.

—¿Y cómo lo verá?

—Ya os concederé un permiso especial.

—¿Cuándo, Señor?

—Ahora mismo.

Y el Rey escribió en otro pergamino:

«Por la presente autorizo a la condesa de Vallecito para que cene con su esposo, en el calabozo del mismo.»

«Fue en Palacio a...

YO, EL REY.

—¡Tamad!—le dijo, y le entregó el segundo pergamino.

Rosita agradecida estampó en las mejillas reales un beso sinovio.

La reina, que oculta, había presenciado la escena, pensó:

—Como todas. También caerá.

Gracias al amor la cantante envejera había obtenido casi un imposible.

Al quedar solo, el rey, se dio cuenta de su ligereza. El mismo se decía:

Si vive, nada lograré. Cada día me pedirá el total perdón... Si se lo niego no caerá... Y si se

lo otorgo, una vez logrado se me escapará. ¡Es imposible!... Ha de morir.

Y se puso a escribir el tercer pergamino en los siguientes términos:

«Por la presente queda nula una orden entregada a la condesa de Vallecito, de que el fusilamiento de don Diego de Alcalá se a un simulacro. Esta orden queda nula y la ejecución se efectuará mañana al despuntar el alba.

YO, EL REY

En aquel preciso momento entró la reina que le invitó a jugar una partida de naipes.

Su verdadero propósito fué averiguar lo que estaba haciendo.

El monarca accedió y se puso a jugar con su augusta esposa.

Entró un ayudante del rey, y éste lo llamó diciéndole:

—En mi escritorio hay un despacho urgente.

—¿Para quién es?

—Para el capitán encargado de la ejecución de don Diego.

—Manda algo más Su Magestad?

—Ya puedes retirarte.

A sus reales órdenes.

Y el secretario se fué.

El rey y la reina continuaron la partida.

VI

Con los dos pergaminos en el bolsillo, Rosita se fué directamente a la cárcel.

Cuando el carcelero reconoció la autenticidad de los mimosos, haciéndole grandes reverencias, le rogó que le siguiera.

Al ver don Diego a su esposa no salta de su asombro no acertando a decir nada.

La primera en hablar fué ella.

—Traigo tu perdón.

—Vida mía, si supieras lo que he pensado en tí repuso él.

Y los dos esposos se abrazaban.

Seguidamente Rosita le contó todo lo que le había pasado. Contándole incluso que había besado al Rey.

El conde no pensó ni por un momento que en el perdón hubiese la menor vergüenza para su dignidad de esposo.

Don Diego le contó que al verla vestida con tanto lujo en el acto del desposorio había pensado mal de ella.

—¿Y no te da vergüenza?—le preguntó Rosita sonriente.

—¿Por qué? Me figuré que el rey se había enamorado de tí...

—Y acertabas.

—Para hacerte su favorita.

—Pero nunca hubrás creído, que yo...

—Lo había llegado a dudar, hasta que vi la pureza de tus ojos.

—Gracias Diego. Merezco tu confianza.

La conversación fué interrumpida. Entraban la mesa y después, y seguidamente entraron ricos y apetitosos manjares.

—Nos vamos a dar un banquete.

—No tengo apetito.

—Come tontín, Conseguida tu vida lograré tu libertad.

—Así lo espero.

Apenas comieron. Los dos esposos tenían muchas cosas que contarse, y además... el amor reclamaba sus privilegios.

Al despedirse ella, le recordó:

—Ya sabes, lo convenido.

—Sí.

—Al oír los disparos te dejás caer, y aunque yo me abraza a tu cuerpo y derramo lágrimas de dolor y profiera gritos de espanto... tú te haces el muerto. Hemos de corresponder al favor del rey.

—Así lo haré.

—No te muevas para nada.

—No tengas cuidado.

—Tu cadáver será conducido luego a mi palacio.

Don Diego se asombró.

—Sí, tontín, tengo palacio.

—¿Pero?...

—Esto ya no me gusta.

—No seas celoso.

—La excesiva generosidad del rey me espanta, algo querrá.

—Pero yo nada le daré.

Al darse cuenta que el carcelero estaba esperando, se separaron dándose un tierno y cariñoso beso.

—Adiós, mi bien dijo él.

—Adiós, esposo mío.

¡Se volvieron a besar.

Y la puerta del calabozo se cerró.

El día siguiente, al amanecer, había de ser fusilado don Diego de Alcalá.

Su esposa revestida de valor, quiso presenciar la ejecución.

Al verla el Conde, estrechándola entre sus brazos, le dijo:

—Lo que me dijiste ayer, ¿se cumplirá?

—Claro que sí.

—¿No habrá cambiado de parecer el rey?

—No seas mal pensado.

—¿En qué...

—Te prohíbo que le ofendas de este modo.

—No sé... recelo.

—Confía en Dios.

—Y en ti—añadió él, sonriendo.

—Dices bien y en mí—replicó ella, procurando animarlo.

Sobre todo que no me lleven al cementerio, me moriría de espanto.

—No tengas cuidado. Te llevarán a mi casa. Así lo ha ordenado el rey.

—Dios te diga.

—No comprendo tus recelos.

—Por si acaso, Rosita, recuerda siempre que te he amado con toda la intensidad de mi alma, que has sido el primero y el único amor de mi vida, que te amo, que te adoro...

—¡Por Dios, Diego!, que me espantas.

—Eres mi única ilusión, y por ti sacrificaría mil vidas si las tuviera...



Podemos, todo por Aquella

—Diego yo también te idolatro, pero no comprendo tus palabras.

—Confías mucho en el rey... Por si acaso recusaba también que ayer hice testamento legándote toda mi fortuna.

¡Calla!

El capitán les rogó que se despidieran, pues se había de proceder a la ejecución.

Volvieron a besarse.

Don Diego la separó amablemente, y dirigiéndose al capitán, le dijo.

—Estoy a vuestras órdenes.

Y salieron del calabozo el capitán y don Diego, acompañados de los soldados.

Rosita se quedó en el calabozo.

Poco tardó en entrar el primer Ministro.

Cambiaron un saludo afectuoso.

—¡Estáis muy alegre?—le dijo el jefe de Gobierno con recelo.

—Puedo estarlo.

—No comprendo. Van a fusilar a vuestro esposo y estáis contenta.

—Os supongo enterado de que...

—Sí, sé que el rey le perdonó.

—Pues, entonces...

—Pero sé también que al salir vos del Palacio, dió la contra orden de que los fusiles se cargaran con bala y que la ejecución fuera real.

Es imposible describir la cara de espanto de Rosita. Quedó inmobilizada por el terror. No acertaba a decir nada.

Por fin pudo decir:

—¡Qué miserable!

Y salió precipitadamente del calabozo, gritando fuertemente:

—Voy a morir con él.

En aquel momento se oyó una detonación.

Rosita fué al patio.

Don Diego yacía rígido en las parihuelas.

La joven llorando copiosamente y dominada por el desespero se abrazaba al cuerpo de su esposo, besándole una y mil veces.

El sacerdote trató de calmarla y haciendo grandes esfuerzos la separó de allí.

Rosita sólo tuvo fuerzas para decir:

—Que lo lleven a mi residencia de la Puerta de la Visagra.

Cuando se dirigía a su casa fué reconocida por el público, que la aplaudió con grandes muestras de entusiasmo.

Uno gritó:

—¡Que cante!

Y ella recordando la copla causa de la perdición de don Diego, la cantó con unción religiosa. Puso tanto calor y tanta melodía en su voz, que de no cantar aquella copla se hubiera desbordado al entusiasmo callejero.

...Pero el público tamarizo de los cuadrilleros se apartó dejándola sola.

VII

El rey creyó disponer que la familia de Rosita

aquel día saliera al campo para poder quedar solo con ella.

Quando entró Rosita se encontró con seis criados de Su Majestad que le anunciaron, de su parte, que se preparara a recibirlo para cenar en su compañía.

Pasó la Condesa a sus habitaciones atormentada por el dolor.

—El rey te espera—le dijo una doncella.

—Que se espere.

Rosita odiaba al soberano intensamente. Su crueldad y su refinamiento no tenían perdón posible.

—Ya me vengaré.

Su primera idea fué clavar un puñal en aquel corazón pervertido, pero acudidamente acordó bazar una venganza más cruel.

Entró en el salón en que le esperaba el soberano, sentado en un diván.

Al verla se levantó:

—¿Eres tú?... Hice rato que te esperé.

—Perdonadme, Señor.

—¿Estás ya tranquilizada?

—Algo selegata sólo.

—Cuando reflexiones me darás la razón.

Quiso el rey abrazarla, pero ella le atajó:

—Respetad su memoria... ¡Acaba de morir!

—Bien, sentémonos, que la comida ya nos debe esperar.

Como mandéis.

Entró el mayordomo. Desde la misma puerta anunció al rey:

—Majestad, la comida está servida.

Se levantó el rey, ofreciendo el brazo a la joven, que no aceptó la gentileza. Al darse cuenta de que se dirigía hacia el comedor, Rosita, le dijo:

—¿Dónde vais?

—Lo he tratado al lado de la capilla.

—¡Qué extravagancia!

—¿Si os molesta...?

—No es igual.

Sola muy amable.

Al entrar en el nuevo comedor el rey se fijó enseguida de que en la mesa había tres cubiertos. Dirigiéndose al mayordomo le dijo severamente:

—¿Qué significa esto?... ¡Tres cubiertos!

—Señor, así nos lo ha ordenado la Condesa.

—¿Vos?

—Yo misma.

—¿A quién habéis invitado?

—Ahora lo veréis.

Abrió las puertas de la capilla y gritó:

—¡Aquí tenía al convidado! ¡Es el cuerpo de mi esposo! ¡Os asombra? ¡Ya podéis estar tranquilo!

La joven fué excitándose sin darse cuenta, y dispuesta a luchar con el Rey, se adelantó con un puñal en la mano.

Don Diego se levanta, gritando:

—Rosita, detente!

El rey quedó estupefacto.

Rosita dejó caer el puñal y llorando le abrazó, exclamando:

—¡Vives!...

Don Diego comprendiendo la situación difícil en que estaba su esposa rogó al rey que la perdonara.

—Perdonadme, Señor—suplicó Rosita.

El rey anonadado por la sorpresa, contestó:

—¡Sed felices!

En aquel momento entró la reina, y sonriendo amablemente, dijo a su esposo:

—Muy bien.

Al verla el rey, contestó:

—¡Ya comprendo! A ella le debía la salvación.

Los reyes se despidieron dejando a la feliz pareja.

La reina contó cómo salvó a don Diego:

—Cuando vos hablábais con Rosita yo sorprendí la conversación, y cuando cambiaste la orden yo cambié el pergamino por un pliego en blanco así el capitán le fusiló con pólvora.

Rosita y don Diego al quedarse solos se hicieron mil juramentos de amor que ambos cumplieron. Su felicidad no se empañó nunca. Resplandeció con toda la fuerza de una pasión sana y verdadera.

~~~~~

#### NOTA

LECTOR: LA BIBLIOTECA FILMS HA PUBLICADO ESTA NOVELITA, DÁNDOLE LA EXTENSION QUE MERECE, ESTA MUY BIEN PRESENTADA Y MUY BIEN ESCRITA. SE VENDE AL PRECIO DE UNA PESETA.

NOSOTROS NO LA HEMOS PUBLICADO ANTES PARA EVITAR COMPETENCIAS.



El próximo sábado  
publicaremos, el nú-  
mero extraordinario

## LA VOZ DE LA RAZA

64 páginas, profu-  
sión de grabados,  
cubiertas en papel  
couche y un retrato  
a dos colores por

**40 céntimos**

**Comprelo antes que se**

**agote**

